

venía desde los moriseos que fueron los trajinantes en España durante mucho tiempo, con su *jarra, arrá!* detrás de los borricos, que es de donde les viene el nombre.

La recua de su casa fué numerosa, como se necesitaba, porque «arriero de un jumento, buen plato y mal testamento», decían, por lo escaso del producto del tráfico en pequeño con relación al gasto.

Uno de los viajeros más perspicaces y minuciosos que hayan recorrido España, el inglés Richard Ford, antes del ferrocarril, allá por el año 1830, hizo muy curiosas observaciones a este respecto, después de haber andado muchas leguas y **muy largas** con aquellas caravanas verdaderamente pintorescas.

«El arriero español, dice, es un hombre agradable, inteligente, activo, sufrido; resiste hambre y sed, calor y frío, humedad y polvo; trabaja tanto como su ganado y nunca roba ni le roban. Puntual y honrado, de temple y nervios de acero, típico en el traje. El arriero va a pie junto a sus burros o montado en uno, encima de la carga, con las piernas colgando junto al cuello. Una escopeta vieja, pero que aun sirve, y se carga con postas, va colgando junto a él y con ella, muchas veces una guitarra, pues el tiempo que no está ocupado en fumar o en blasfemar, lo pasa constantemente canturreando una canción monótona por lo común muy melancólicas y poco musicales.

La Mancha—agrega—es el Paraíso de las mulas y de los burros. El borrico es la guía, el hornato de todo el paisaje español, elemento esencial y apropiado de todas las calles y carreteras. Donde quiera que se reúnan dos o tres españoles, en el mercado o concurso, es seguro que entre ellos habrá por lo menos un burro, el sufrido compañero de las clases humildes para quienes el trabajo es la mayor desgracia: la resignación es la virtud común de ambas castas y por la comunidad de sentimientos, amo y animal se quieren entrañablemente, aún cuando por los juramentos y maldiciones que le aplica, un observador superficial puede suponer que el primero tiene cierta vergüenza de confesar en público su predilección, pero Cervantes que conocía tan a fondo la naturaleza humana en general y la española en

particular, insistió mucho en el cariño que Sancho sentía por el rucio y marcó la reciprocidad del animal, tan cariñoso como inteligente. Todo campesino español tiene una verdadera pesadumbre si se causa cualquier daño a su burro, porque suele constituir el único modo de ganarse la vida.

En España, donde los carros pequeños y carretillas son casi desconocidos y el conducirlos es considerado indigno de un hombre, lo que los sustituye, un jumento, es utilizado constantemente. Unas veces va cargado con sacos de trigo, otras con pellejos de vino, con cántaros de agua, con estiércol o con cadáveres de bandidos, echados como sacos sobre el lomo. Estas acémilas van vistosamente adornadas con arreos llenos de colorines y flecos. La cabezada es de estambre de varios colores y en ella van sujetos muchos cascabeles y campanillos; de aquí la frase «mujer de muchas campanillas» que se aplica a las que son aficionadas a lucir mucho, a hacer ruido y tienen pretensiones. Viajar con un arriero cuando el viaje es corto o va una persona sola, es seguro y barato. Estos hombres que están siempre en los caminos, arriba y abajo, son los que pueden proporcionar más lujo de detalles, aparte de que los rincones más pintorescos del país difícilmente pueden visitarse sino a pie o a caballo».

Jesús fué un hombre de una integridad inquebrantable, muy favorecido desde luego por el ambiente alcazareño que se complacía de ello.

Se quedó con toda la herencia de sus padres, por cesión de sus hermanos, pero la conservó íntegra y la acrecentó para devolverla a sus hermanos a su muerte. Como mejora de su herencia compró la tierra y puso la viña de dos fanegas y media en el Camino del Medio y le compró una salida a su casa por el callejón del tío Chirrín, con treinta mil pesetas que le tocaron a la lotería y le permitieron un buen pasar.

Muy madrugador. Le gustaba señalar que era el primero en llegar a la reunión de la Plaza, que formaban Trinidad e Isidoro Paniagua, Bernardo Campo, José Rufao, Francisco Carabina, Justo Angora, Cayetano Fuentes y otros varios.

Jesús solo bebía vino y no fumaba.

Siempre llevaba la bufanda, sombrero ancho y chaqueta de pana.